



Jesús Cabellos, 71 años.
Victoria Quesada, 23 años.

Un inmigrante en Suiza y su retorno

Jesús Cabellos, más conocido como "Pichi", setenta y tres años, experto en ajedrez... emigró a Suiza durante la posguerra, donde trabajó en una fábrica de hilos industriales y donde además tuvo a su primer hijo. Su mayor sueño es volver a ver Lucerna (Suiza) cuarenta años después, junto con su esposa Caridad.

"El hambre tardó mucho tiempo en desaparecer de Alcalá; había mucho trabajo, pero se ganaba muy poco". Pichi trabajaba a principios de los sesenta en la fábrica de zapatos "La Imperial"; hacía alguna que otra chapuza, jugaba al fútbol en el Alcalá y cobraba ficha y primas, pero aún así el dinero no le llegaba para casarse con su novia Caridad, quien trabajaba en la Algodonera por quinientas pesetas al mes. Por aquellas fechas, España tenía convenios con Austria, Suiza, Alemania, Bélgica y Francia para enviar mano de obra con contrato de trabajo y alojamiento. En 1962 Pichi decidió irse a Suiza, puesto que su cuñado tenía un amigo, Valiente, quien llevaba allí dos años trabajando en una fábrica de hilos industriales llamada NYLON SUISSE VISCOSSE, en Emmenbruke (cantón de Lucerna). Dio la casualidad de que la jefa de recursos humanos de dicha empresa vino a Madrid a hacer unas pruebas psicotécnicas a las que se presentaron Pichi, Caridad y su cuñado. "Nos mandaron hacer unas figuras con unos trozos de metal... recuerdo que hice una silla"; los tres superaron las pruebas por lo que podían ir a trabajar a Suiza sin problemas. En principio el primero en ir fue Pichi y más adelante irían Caridad y su cuñado. "La idea era irme soltero, y después casarnos, ya que no sabíamos como nos iba a ir"; pero Caridad le sorprendió un día en Madrid, llegando al paseo de Rosales, en la Plaza de España, cuando delante de la estatua del Quijote y Sancho Panza le dijo: "¿Sabes lo que te digo?, que tú no te vas soltero a Suiza... nos casamos, tú te vas y luego me reclamas". Pichi tenía que estar en Suiza el veinte de septiembre y se casó con Cari el ocho de ese mismo mes.

El primer día en Suiza lo pasó en la casa de Valiente y su esposa Paqui; después se instaló en la residencia para solteros de la fábrica, un bloque de cuatro pisos con muy buena presencia. Cada casa contaba con cuatro habitaciones en las que vivían siete personas; el piso era muy amplio y estaba muy bien equipado, tenían salón-comedor, calefacción y sótano, cocina con toda clase de aparatos electrodomésticos: frigorífico, lavadora y cocina eléctrica... artículos de los que carecían en España. Además, una señora venía diariamente a limpiar la casa, lavarles las sábanas y también la ropa; Pichi reconoce que "el cambio de vivir en Alcalá a vivir allí fue plenamente satisfactorio", puesto que en España no contaba con tantas comodidades como las que tenían en la residencia. Antes de marchar a Suiza, en Alcalá vivía en una modesta casa situada en el número treinta y ocho de la calle Libreros, donde no tenían calefacción, no había agua caliente y donde además tenían que salir fuera de la casa para poder ir al servicio. En Suiza comían prácticamente lo que querían: pollo, patatas fritas, pasta italiana..."Cuando vino Caridad comía mucho mejor: garbanzos, judías, lentejas...", recuerda Pichi, "había de todo y de todo lo mejor".

El veinte de septiembre entró en la empresa y formó grupo con otros dos "españolitos" que ya llevaban unos años trabajando allí. Le destinaron a la sección de estirado, donde estuvo aprendiendo la labor durante una semana. La fábrica contaba con una



plantilla de más de dos mil trabajadores, de los cuales el noventa por ciento eran extranjeros: italianos, checos, húngaros, griegos y españoles. Trabajaba de lunes a sábado en turnos de mañana, tarde o noche, ocho horas diarias, con una parada de media hora para el bocadillo. El domingo era día de descanso, pero el que quisiera hacer horas extraordinarias trabajaba ese día una jornada de doce horas. La fábrica tenía una zona de ocio en la que jugaban a la petanca, al tenis, había pistas de atletismo y, como no, campos de fútbol, una de las pasiones de Pichi desde su niñez. Un día le propusieron jugar al fútbol y se quedaron atónitos con su estilo, "en el reino de los ciegos, el tuerto es el rey", afirma Pichi, "el único que estaba un poco en forma era yo, ya que sólo habían pasado un par de meses desde que dejé de jugar en España".

El temporal en aquellas fechas pronosticaba olas de frío por toda Europa; Pichi recuerda cómo un día llegó a ver el termómetro de la estación de Lucerna a veintiséis grados bajo cero. Tenía que ponerse capas y capas de ropa, dos pantalones, varios calcetines, camisetas, jersey y forro polar. Llevaba gorro y bufanda, y sólo quedaban al aire únicamente los ojos; hacía tanto frío que el vaho de la respiración se quedaba congelado entre la bufanda y el gorro formando una especie de rejilla de hielo. Las Navidades, además de frías, fueron muy nostálgicas. En Nochebuena cenó una paella que prepararon él y sus compañeros de la residencia de la fábrica, pero no era momento de rechistar sobre el menú; pronto sacaron botellas de champán, coñac y vino para ahogar las penas. Los momentos de soledad pasaron rápido ya que Cari llegó a Suiza el trece de enero de 1963; para entonces Pichi ya tenía una vivienda en el pueblecito de Littau, al lado de la familia Valiente. A Caridad, Cari, como la llama Pichi cariñosamente, la pusieron a trabajar en su misma fábrica, pero en otra sección, la de enconado. Entonces los días transcurrían con más alegría; junto con Valiente y su esposa Paqui, hacían excursiones, paseaban, iban a la bolera y se divertían como buenamente podían. Pichi habla de los Valiente como una pareja de amigos de verdad, "de esos que hacen las cosas sin pensar en la recompensa", afirma.

Caridad sentía mucha nostalgia, Pichi estaba plenamente integrado en Suiza, en su trabajo, en su rutina diaria, pero su esposa añoraba la vida en España. En 1964 nació su primer hijo, Javier; entonces seguían trabajando en Suiza y no podían hacerse cargo del niño, así que lo trajeron a España, donde se quedó con su abuela. Caridad lo pasó muy mal en esos momentos. "Se puso tan mala que veía visiones", cuenta Pichi. Pero el destino les marcó una ruta diferente. Un día de julio de 1965 Valiente, quien había regresado a España, le escribió una carta diciéndole que en Alcalá iban a montar una fábrica como la de Suiza; "ese mismo día escribí a la fábrica, ya que Caridad me cogió del brazo, me sentó en la mesa y me dio papel y bolígrafo", recuerda entre risas. La respuesta no tardó mucho en llegar, Pichi les interesaba, pero tenía que ir a España para hablar directamente con ellos. Primero fue a la calle López de Hoyos, en Madrid, donde le recibió el mismísimo Leopoldo Calvo Sotelo. Aprobada la entrevista en Madrid, Pichi tuvo que ir a Alcalá para hablar con los responsables de la fábrica. Allí le hicieron nuevamente otra entrevista y unas pruebas teóricas y prácticas que Pichi solucionó sin ninguna dificultad. La fábrica se llamaba PERLOFIL (más tarde conocida como POLISEDA) y Pichi ocupó el cargo de especialista (posteriormente encargado) y le hicieron un contrato indefinido. En la fábrica se crearon unos Grupos Culturales Recreativos donde participó activamente en diferentes juegos y deportes: tenis, natación, fútbol y... ajedrez, el juego que marcó un antes y un después en su vida. Al principio apenas tenía interés por el ajedrez, pero un buen día le enseñaron y le entusiasmó tanto que quiso aprender mucho más, incluso



quiso aprender a enseñar a jugar; "el ajedrez no es un deporte, es una ciencia, es cultura".

La empresa contaba con la participación del grupo AKZO y LA SEDA DE BARCELONA, pero en los años noventa se interesaron por otros negocios y ocasionaron una gran crisis laboral. Se realizó una reconversión que afectó a unos mil quinientos operarios de más de cincuenta y ocho años; Pichi optó por la prejubilación y de ahí en adelante se dedicó a su familia y al ajedrez. Tuvo dos hijos más: Elena y Óscar, y fundó diecisiete escuelas de ajedrez, una de las más importantes era "Madrid Dos" (la "mal llamada" Alcalá Meco). Entró en el Club de jubilados Cervantes, en Alcalá, donde jugó desde el principio un papel destacado como monitor de senderismo, profesor de ajedrez y otras actividades. Actualmente Pichi es una persona muy reconocida y querida en Alcalá de Henares, escribe artículos sobre la historia de Alcalá de Henares y sobre la historia del ajedrez en el Boletín del Ayuntamiento de personas mayores y continúa colaborando en el Club Cervantes dando clases de ajedrez; "soy un analfabestia metido en la cultura, pero tengo la sensación agradable de que la gente me quiere".

Lo importante de la vida

"Merece la pena la vida, a pesar de las penurias que hemos pasado"; la guerra, la posguerra, la terrible hambruna que asoló al país y el trabajo, han sido verdaderos hándicap para Jesús Cabellos, más conocido como Pichi; sin embargo reconoce que la vida le ha dado "más sabores que sinsabores". Pichi, llamado así porque al nacer decían que era muy hermoso y chulo como un pichi madrileño, valora enormemente la familia, y asegura que tiene "un organigrama mental, un orden de prioridades: lo primero la familia y luego lo demás". Además, para Pichi el valor de la amistad es muy importante; reconoce que en la vida se tienen muchos amigos y conocidos, pero los amigos de verdad se cuentan con los dedos de una mano, "puedo presumir de tener muchos conocidos, vecinos, compañeros... me siento querido por todos".

Una de las cosas que ha aprendido a lo largo de todos estos años es a luchar por lo que uno quiere; Pichi apenas tenía cultura, pero con tesón y trabajo se preparó como pudo y llegó a ser encargado de la fábrica donde trabajaba. Él mismo se enorgullece de su progreso, de sus ganas de hacer las cosas; "volvería a hacer lo que he hecho" dice, "algunas cosas las haría mejor, otras incluso las borraría si pudiera, pero en general estoy satisfecho".

Hay dos hechos principales que han marcado su vida: uno es el ajedrez y otro el día de la boda de Javier, su primer hijo. El ajedrez ha sido una gran pasión para Pichi, le ha llenado de alegría y le ha otorgado momentos inolvidables. Se siente muy orgulloso de haber aprendido a jugar al ajedrez y sobre todo de haber aprendido a enseñar a jugar, que es más difícil aún. Recuerda con ternura el día de su retirada, "me organizaron una despedida muy emotiva; había más de cien personas con pancartas que gritaban ¡Pichi, Pichi! Me dieron una placa y a mi mujer un ramo de flores".

Otro momento especial de su vida fue la boda de su hijo Javier, a quien Pichi quiere de una manera especial. Javier tuvo un desamor importante, tuvo una temporada muy mala, y en consecuencia todos los que le rodeaban lo pasaron mal, pues veían su sufrimiento; pero este mal comienzo tuvo un final feliz pues la chica en cuestión acabó convirtiéndose en el amor de su vida. Pichi hizo un emotivo discurso el día de la boda, "lloraron hasta las piedras", recuerda entre risas.



“No puedo renegar de la vida”, reconoce, “me siento muy querido y siento que hago falta a los demás; siento que me necesitan”. Esto es lo que merece la pena de la vida para Pichi, la familia, los amigos y los buenos recuerdos que le han dado todos ellos; “mi experiencia en la vida me ha servido sobre todo para tener una familia muy unida”.

